

# Carmen Martín Gaité

## Nubosidad variable



COMPACTOS  ANAGRAMA

Carmen Martín Gaité

# Nubosidad variable



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:*

Julio Vivas

Ilustración: «La visita», Moritz von Schwind, 1855, Nueva  
Pinacoteca, Munich

© Carmen Martín Gaité, 1992

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1996

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1465-0

Depósito Legal: B. 19338-1996

Printed in Spain

Libergraf, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona





Nubosidad variable



*Para el alma que ella dejó de guardia  
permanente, como una lucecita encendida,  
en mi casa, en mi cuerpo y en el nombre  
por el que me llamaba.*



Cuando he escrito novelas, siempre he tenido la sensación de encontrarme en las manos con añicos de espejo, y sin embargo conservaba la esperanza de acabar por recomponer el espejo entero. No lo logré nunca, y a medida que he seguido escribiendo, más se ha ido alejando la esperanza. Esta vez, ya desde el principio no esperaba nada. El espejo estaba roto y sabía que pegar los fragmentos era imposible. Que nunca iba a alcanzar el don de tener ante mí un espejo entero.

NATALIA GINZBURG,  
Preámbulo a *La città e la casa*



## I. PROBLEMAS DE FONTANERÍA

Ayer, después de casi dos meses de tiempo inseguro y chaparrones intermitentes, que según parece han sido agua bendita para el campo, estalló por fin la primavera y la sentí bullendo provocativa a través de los cristales de la ventana. Fue la sombra fugaz de una paloma la que reveló, al desaparecer, ese raudal de luz que todo lo invadía con el asalto de su llamada, un tirón anacrónico hacia aventuras ya imposibles. Me acordé de que había soñado con Mariana León. Estábamos tumbadas en el campo mirando las nubes; antes habían pasado otras muchas cosas no tan placenteras, creo que me perseguían porque estaba implicada en un atentado, y es posible que allí encima de la hierba se lo estuviera contando a Mariana, aunque no estoy segura, ni tampoco de que ella viniera conmigo cuando lo de la persecución. De los sueños aterrizo uno con la cabeza tonta y siempre se han perdido cosas fundamentales. La luz que entraba por la ventana, aunque parecida a la del sueño, solamente consiguió hallar eco en la arritmia de mi respiración, como un aleteo de mariposas agonizantes.

Eduardo ya se había levantado. Sin apartar los ojos de la ventana, estuve un rato inmóvil oyendo el ruido de la ducha, que venía a aumentar mi desazón colándose por la puerta del cuarto de baño.

Odio ese cuarto de baño, aunque haya quedado precioso. El otoño pasado nos gastamos tres millones en reformarlo por todo lo alto, aprovechando para la ampliación el antiguo dor-

mitorio de Lorenzo que se convirtió en un vestidor con pared de espejo. «Mejor dejarlo muy bien, porque la casa se revaloriza, caso de venderla —dijo Eduardo, que desde hace algún tiempo no habla más que de dinero—, ¿tú sabes lo que se paga ahora el metro cuadrado en esta zona?» Bueno, al fin y al cabo había que decidirse a levantar todas las cañerías y sustituirlas por otras de cobre para que se acabaran de una vez los conflictos con los vecinos del séptimo, ésa ya me pareció una razón de más peso. Durante años han estado subiendo a protestar por las manchas de humedad que brotaban esporádicamente en el techo de su vivienda y a exigirnos diagnóstico y remedio para lo que acabó revelándose como incurable epidemia. Los síntomas del mal, aquellas marcas imprevisibles en el piso de abajo, iban pautando —me doy cuenta ahora— el proceso correlativo de mi propia erosión, el deterioro del entusiasmo, de las ilusiones, de mi fuerza de voluntad y de mis capacidades más que discutibles como madre y esposa.

Cuando Eduardo empezó a ganar más dinero y nos mudamos a esta casa, nuestros hijos eran pequeños —Encarna nueve años, Lorenzo ocho y Amelia dos, creo— y a los vecinos del séptimo les pusieron de mote «la familia del burro flautista», porque el chico mayor se pasaba las horas muertas tocando el clarinete en su cuarto. Se le veía por la ventana del patio, aplicándose a su tarea con gesto ceñudo, sin que pueda decirse que escucharle fuera un transporte para los sentidos. Tampoco daba la impresión de que sus padres hubieran descubierto la pólvora, eran bastante protervos, y dejando aparte las enojosas cuestiones de fontanería que nos obligaban a relacionarnos con ellos, nunca había existido entre nosotros el menor asomo de cordialidad. Para mí su existencia era un tormento. Cada vez que llamaban a la puerta y se presentaba la señora del pelo teñido y los labios finos, que a duras penas encubrían el reproche bajo una sonrisa cortés, me veía asaltada por esa sensación alevosa e inconfundible que desde niña se me viene encima cuando menos lo espero como un nubarrón sobre mi alegría: la necesidad de justificarme ante otro de culpas que no recuerdo haber cometido.

—Pero ¿otra vez? No puede ser, señora Acosta, si hace cinco meses vino el fontanero, acuérdesese, y se les pagó a ustedes la cuenta de los pintores. Si precisamente...

—Entonces, ¿qué me quiere decir?, ¿que lo estoy inventando? Baje conmigo y se convencerá.

Bajaba, precedida por ella, los veintiún peldaños de mármol que separan nuestras viviendas. Solía ser un trayecto silencioso. El hall lo tenían empapelado en dorado con relieves de inspiración marinera, y todo lo que se veía a través de las puertas, conforme avanzábamos por el pasillo, rezumaba la misma ostentación fría y de mal gusto, que ya llegaba al colmo en la alcoba matrimonial, toda rasos y muebles pompeyanos, por la que había que cruzar sin remedio para llegar a la meta de la discordia.

Aquellas visitas de exploración a la casa de abajo, rematadas por la consiguiente decisión de volver a llamar a un fontanero, me dejaban un rastro de inquietud que tardaba en cicatrizar, porque se sabía que la herida volvería a abrirse por otra parte el día menos pensado. Las manchas de humedad, de cuya irrupción me veía obligada a responsabilizarme, no aparecían nunca en el mismo sitio, y el esfuerzo preciso para hacerlas coincidir desde el piso de abajo con el punto culpable que las originaba requería una concentración que no me estaba permitido esquivar, pero que todo mi organismo rechazaba. Y lo peor era que la señora del séptimo se había dado cuenta, con la refinada malicia de un torturador, del dominio que ejercía sobre mis vacilantes humores a través de aquella investigación doméstica, y se gozaba en acorralarme con su interrogatorio.

—Debe ser el lavabo esta vez. ¿No tienen ustedes el lavabo en aquella esquina?

—Pues no sé, no me oriento.

Fiscalizada por los ojos azules y fríos de mi vecina, miraba al techo, como quien contempla un mapa desconocido sobre el que hay que tomar posiciones para decidir una batalla inútil.

«Es una pesadilla —pensaba a veces—, tengo que estar so-

ñando. Seguro que me despierto y las dos nos reímos sentadas en el suelo que se convierte en hierba, y el retrete en un manzano frondoso, y las manchas del techo en nubes movedizas, de cuyo cambiante dibujo nadie te pide cuentas, vivir *day to day*, nubes deshinchadas rodando sobre nuestras cabezas, sugiriendo imágenes de libertad y aventura, seguro que desaparecen la casa de arriba y Eduardo y el marido de esta señora con su bigote canoso, y miro a esta señora y es Mariana León y nos despertamos a buen recaudo del futuro, dos amigas del instituto riéndose a carcajadas sobre una alfombra primaveral, saboreando la complicidad de haber faltado a clase, mientras se comen un bocadillo y hablan de lo tontos que son los chicos.»

Pero aquello, claro, nunca ocurrió ni llegó a aliviarse tampoco posteriormente la relación tensa que, por culpa de las sucesivas obras de fontanería, manteníamos con la familia del burro flautista. La reciente reforma megalómana de nuestro cuarto de baño, proyectada por un arquitecto amigo de Eduardo, aparte del martirio que supuso para mí, obligada a interesarme por la marcha de las obras, por el color de los azulejos y la forma y tamaño de la nueva bañera, ha intensificado la hostilidad de la señora Acosta, que, al parecer, sufre de los nervios y no podía soportar aquellos golpes sobre su cabeza que duraron casi un mes.

—Ni que estuvieran ustedes construyendo el Monasterio del Escorial —le dijo su marido al mío un día que se lo encontró en el ascensor.

Y aunque él, al comentármelo, estaba indignado por la grosería, a mí me hizo gracia, y pensé que tenían razón los vecinos del séptimo, porque yo era la primera en estar al borde del ataque de nervios con tanto trasiego de operarios y desalojo de cascotes, pero no me atreví a reírme delante de Eduardo, con lo que nos reíamos antes siempre por cualquier cosa; ahora se toma a sí mismo más en serio, y al dinero ya no digamos, es su panacea. Y a la fuerza tiene que ser la mía también.

Salió ya vestido del cuarto de baño y, al rodear la cama para abrir un cajón de la cómoda, su figura se interpuso entre

mis ojos y la luz de la ventana. Me pareció un extraño y, al cruzarse nuestras miradas, la mía debía acusar aquella impresión, porque noté que se quedaba intimidado, como siempre que no encuentra el reflejo incondicional que precisa para refrendar su nueva imagen. Últimamente se compra mucha ropa, entre lujosa e informal, creo que va a la sauna y se peina con gomina. Los chicos hablan poco de él cuando voy a verlos, pero le llaman «pared de mampostería», no sé si por las obras que siempre está inventando, por el pelo tan pegado o porque él mismo se ha convertido en una especie de pared que no deja resquicios para que se cuele ningún problema de los que no se pueden zanjar a base de dinero. Yo no sé qué hacer cuando los chicos hablan en este tono de Eduardo, por una parte tienen razón, pero lo acepto mal, la educación que he recibido no me había preparado para que algún día llegara a verme en situaciones así. A él los chicos está claro que cada vez le importan menos, que le basta con tenerlos lejos, apenas se pronuncia su nombre entre nosotros ahora. Debe ser culpa mía, nunca encuentro el momento. Pero tampoco se trata de culpas, es que las cosas no son tan fáciles, hay mucho mar de fondo.

Se había parado junto a la cama y miraba el cenicero lleno de colillas, mi ropa en desorden sobre la butaquita y un libro tirado en el suelo. Yo seguía sin moverme. Cerré los ojos.

—¿Te pasa algo? —me preguntó—. No sueles despertarte tan temprano.

—Es que he tenido un sueño muy raro y estaba tratando de acordarme de cómo era. Me duele un poco la cabeza.

—¡Qué manía tienes de no tomar la pastilla!

—Algún día tendré que desacostumbrarme. Además, los sueños no son siempre desagradables. El de hoy era muy bonito.

Busqué su mirada pero no la encontré. Vi que se estaba haciendo el nudo de la corbata delante del espejo. Pero su voz no era tan imperturbable como su actitud cuando me preguntó a qué hora me había dormido.

—Oí dar las tres, me parece. No habías llegado tú todavía.

Cambió de conversación, y en el fondo se lo agradecí. Pero otra de las cosas que ha perdido es aquella gracia que tenía en tiempos para inventar una conversación atractiva, cuando quería distraerme de otra que amenazaba con no serlo tanto. Podría haberse sentado unos minutos en la cama y preguntarme con qué había soñado. Ya sé que es pedir gollerías, pero me hubiera gustado, y también lo siento por él, porque daba mucho juego aquello de cultivar la interpretación de los sueños, cuando lo hacíamos.

No se prestó a ello, como era de esperar. Así que el nombre de Mariana León no salió a relucir esa mañana entre nosotros. Tal vez fuera mejor. Y si fue peor, da lo mismo. Las cosas que pasan —como dice mi hijo Lorenzo—, pasan y punto, mamá, no le des más vueltas.

De reojo, le miraba demorarse en la labor de dejarse impecable el nudo de la corbata, y aunque no dejaba de hablar, sospeché que en su verborrea estaba influyendo el deseo de conjurar mi silencio. Me dijo que no contara con él a la hora de la comida, y que por la noche no tenía más remedio que ir a una exposición de pintura que inauguraba su amigo Gregorio Termes. Gregorio Termes es el arquitecto que dirigió las reformas del cuarto de baño, una persona con la que nunca he tenido buenas relaciones, aunque me haya tocado padecerla. No sabía que fuera también pintor. Eduardo se enfadó. Al parecer ya me lo ha dicho otras veces y yo no me he enterado. No me extraña. Lo encuentro tan bobo, tan vanidoso y encima tan pesetero, que si me ha contado algo de él, habré hecho lo mismo que con todo lo que no me interesa: desenchufar la pila. Conmigo, al principio, intentó hacerse el delicioso y epatarme con su cultura de ejecutivo traspasado por las más recientes corrientes europeas, pero luego, como yo no entraba al trapo, me empezó a tratar con altivez desdeñosa, no sé cómo no notaría que me estaba riendo un poco de él cada vez que tiraba de plano y se quedaba embebido, como en trance; que en eso tenía razón el señor Acosta, ni que fuera el arquitecto de San Lorenzo de El Escorial. En fin, que me relegó en su mente al reducto de las amas de casa adocenadas y carentes